

EL PAPEL DEL LIBRO DE ENSEÑANZA:
UNA NOTA SOBRE EL DISCURSO DIDÁCTICO.
(A propósito de la Colección "Textos Universitarios")¹

FERNANDO LOLAS STEPKE²

El papel del libro

La frase es ambigua. Puede referirse al soporte físico del libro, que es todavía el papel. Mas también a la función social del libro, a lo que él hace y a lo que con él se hace.

El soporte de papel compite hoy con otros. Con los medios magnéticos, con componentes electrónicos. Se ha anticipado muchas veces la desaparición del libro de papel. Como en su tiempo la roca, el pergamino y la vitela, el papel alguna vez será reemplazado. Aún no. Tal vez no porque sea el mejor medio. Posiblemente porque la relación con el libro de papel es tal que puede ser tocado, olido, desmenuzado, transportado de maneras que aún no son posibles con los nuevos medios. Tal vez porque la "textofilia" de nuestra cultura no encuentra todavía mejor expresión que el papel. "Biblotextura" es el tejido y el plexo de nuestra sociabilidad académica.

El papel social del libro es ser vehículo de discursos. Los discursos son textos producidos por hablantes, bajo ciertas normas de producción, con definidas retóricas, con finalidades y con audiencias. El discurso es lugar de encuentro de lenguajes con hablantes.

Cuando preguntamos por libros, preguntamos por formas de presentación de discursos. Para entender de qué hablamos cuando hablamos de libros didácticos, aptos para la enseñanza superior, debemos indagar

¹Alocución pronunciada en el acto académico del 22 de noviembre de 1996, destinado a presentar los recientes títulos de la colección "Textos Universitarios", de la Vicerrectoría de Asuntos Académicos y Estudiantiles de la Universidad de Chile y Editorial Universitaria S.A.

²Profesor Titular de la Facultad de Medicina y Vicerrector de Asuntos Académicos y Estudiantiles, Universidad de Chile. Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua.

por los caracteres que definen *un tipo particular de discurso disciplinario*, que es el *discurso didáctico*. He aquí algunos, que ofrezco más como incitaciones que como conclusiones.

Caracteres del discurso didáctico

Como todos los discursos disciplinarios, el didáctico comparte la propiedad de *crear los objetos de los que habla*. Esta construcción es invención e intervención. Las células nacieron a la vida cuando alguien resumió ciertas observaciones y las bautizó. Igual ocurrió con los átomos, con los hoyos negros, con la sociedad y con miles de otros “objetos” que nos parecen tan reales, que salimos a buscarlos como si fueran “cosas” al alcance de la mano. La verdad es que son cosas porque el discurso, poéticamente, los ha construido y dejado “a la mano”. No porque esperaran dormidas el toque de Midas. Simplemente: *la realidad es producto de discursos, no causa de percepciones*.

A menudo encuentro que una idea tan simple como ésta choca con resistencias derivadas de hábitos y de inercias. Es ciertamente más “práctico” (en el sentido estadounidense e instrumental del término) suponer que estamos instalados en una realidad que nos preexiste. Lo cierto es que lo que preexiste son los modos de hablar de ciertas experiencias, decantados en nuestro lenguaje, hechos carne en nuestro espíritu. Cada nueva generación ensaya su creación de realidad. Por lo tanto, la realidad, incluso la más sólida de todas, la de las ciencias llamadas “duras”, es maleable como sus autores, “inventores” e “inter-ventores”. Si los primeros articulan lo desconocido, los segundos perfeccionan lo conocido. Ambos son creadores, de distinta forma.

Una segunda característica de los discursos disciplinarios es estar sometidos a una *retórica de producción cautelada por una comunidad de pares*, a menudo llamada la “comunidad científica”. Esta defiende la ortodoxia y relega al carácter de lenguaje para-dójico, cuando no aberrante, todo lo que no se ha expresado según principios aprobados y respetuosos del estado del arte. En las ciencias, a diferencia de la literatura, la crítica se ejerce antes de publicar. Aquello que ve la luz “autorizadamente” ha tenido el *nihil obstat* de los miembros de la comunidad informada. Los discursos didácticos, como variedad de discurso disciplinario, son también modelados por ésta, y tienen como desafío importante el orden de la ortodoxia con la opulencia de la creatividad que desean estimular³.

³Véase Lolás, F. *Apología del texto de estudio, literatura terciaria de la ciencia*. Colección Testimonios Universitarios, Editorial Universitaria, Santiago, de Chile, 1995.

Toda lectura es un arte disgregador. No existe un sentido canónico y único en ningún texto. El lector no se sumerge dos veces en un mismo texto ni hay dos textos iguales para distintos lectores. Hay tantos textos cuanto *situaciones de lectura*. Cada libro en realidad se convierte en infinitos libros virtuales en otros tantos lectores. Es misión del texto didáctico “controlar” o “acotar” las asociaciones que despierta, limitar en cierto sentido las formas de los textos virtuales y posibles, para orientar, para estimular, para dirigir. Su legibilidad es una *legibilidad domeñada* por el principio de la disciplina a la que sirve.

Tienen los textos didácticos, cuando son legibles y “llegan” a sus audiencias –o, más precisamente, cuando conforman sus lectorías– un carácter distintivo, cual es el ser *instrumentales*. No son fines en sí mismos, son “medios para”. El libro de biología es un libro que debe trasuntar biología, esto es, compendiarla, y no simplemente texto que trata “de” ella. La opacidad del texto, su goce estético en la literatura y la poesía, puede alterar este ideal de transparencia que pedimos al texto didáctico para que sea instrumento de aprendizaje y no fin en sí. El libro de texto es un libro herramienta, que se usa, que se emplea como se usan y emplean los martillos, los cinceles y otros utensilios. Ello no significa que no pueda haber libros de enseñanza bellamente escritos que, además de su valor didáctico, puedan exhibir valor literario. El género del poema didáctico, aunque hoy en desuso, no deja de ser poderoso medio de enseñanza.

En nada disminuye la dignidad del libro el ser discurso didáctico. Antes al contrario, aumenta nuestra admiración cuando encontramos alguno bien logrado, de esos que no tienen falta ni sobra, equiparados, balanceados, amistosos, acogedores, sugeridores pero rigurosos. Nada dejan de decir, nada demás dicen. Pueden ser releídos con provecho, consultados con satisfacción, recomendados sin escrúpulo.

Una propiedad, emparentada con la anterior, del buen libro didáctico, esto es, el que incita a adquirir la disciplina de que trata, es la de *ser más arquitectura que contenido*. La verdadera comunidad de los que laboran en las ciencias no se basa en dogmas ni verdades, mas en métodos, procedimientos, formas de argumentar, estilos discursivos. Cuando un libro introduce al estudiante en una disciplina, si es bueno, le permitirá seguir los cambios predecibles en los contenidos de ésta. El que estudia

La taxonomía de los diferentes “textos” de la ciencia, el primario, el secundario y el terciario, es útil cuando se trata de evaluar productividad científica en un grupo académico. Cabe agregar la literatura cuaternaria, constituida por los textos de divulgación o difusión pública de los resultados y conocimientos científicos.

química en un “buen” texto no se arredrará ante la obsolescencia esperable de las informaciones químicas. Porque la química es conocimiento, articulación y organización de informaciones y no pura información. Hoy día, el libro didáctico es más necesario que nunca. Precisamente, Internet lo ha convertido en indispensable. Frente a la avalancha de informaciones y las “datorreas” (diarreas de datos) de los computadores memoriosos (mas a veces desmemoriados y sin recuerdos auténticos), la única defensa es la firme guía de un texto “ordenador”, de un texto que diga no sólo qué hay sino también ayude a organizarlo y de ese modo comprenderlo. Esto quiere decir que el discurso didáctico corporizado en el libro de estudio produce su espacio de representaciones indicando cómo se convierte la información en conocimiento.

Esta propiedad nos lleva a un decisiva y central. *El discurso didáctico, como discurso disciplinario, es enseñable.* La propiedad de enseñable es la de re-producirse en otros lectores. Una disciplina, ha escrito Roland Barthes, es un discurso que se enseña. Todos los que trabajamos en instituciones académicas lo sabemos o lo intuimos. Cuando alguien dicta un curso sobre algo, ese algo adquiere consistencia. Cuando tiene alumnos que escuchan, adquiere solvencia en la institución. Cuando tiene discípulos que re-producen, adquiere carta de disciplina. Todos los saberes establecidos hoy, fueron ayer balbuceos de aula, didácticas imperfectas, paradójicos textos que competían con la ortodoxia de lo vigente, amenazas a la dominación de formas de decir, atentados a la juris-dicción de otros discursos.

Hoy vemos que grupos de personas se conciertan para fundar sociedades que cultivan un tema y seleccionan a sus miembros. El paso decisivo, después de la revista o del boletín, es el libro de texto, el que final y verdaderamente legitima un campo del saber.

Podría parecer que este proceso de consolidación disciplinaria es un plácido derivar hacia una sana textofilia didáctica y que un buen día, de súbito, nos encontramos con toda una nueva disciplina codificada en “el” libro fundante. Pensar así sería retornar a las magias y mitos de lo canónico. Lo cierto es que las ciencias no se construyen con dogma sino con crítica, que siempre supone destrucción, reconstrucción y nueva construcción. Todos los libros, que siempre hablan de otros libros, guardan en su entraña las huellas de su pasado. También los de enseñanza, que no son en esto ninguna excepción. La “nueva” matemática lleva en su vientre los gérmenes de la antigua. Los descubrimientos recientes se apilan junto a modelos de pensamiento anticuados. Los textos escritos permiten una *heterología del saber* que los hace riquísima

inspiración para el historiador que reconstruye usos y mentalidades. Hoy podemos reconstruir el bagaje espiritual de Johannes Müller por las citas de su famoso texto de fisiología, por el orden que dio a su materia, por lo que no dijo por considerar obvio y trivial, por lo que repitió mecánicamente y por tantas cosas heteróclitas que mezcló en ese su texto fundacional de la disciplina fisiológica. El libro tiene, por ser materia visible, las ventajas de la imagen: la simultaneidad de lo visto. Por eso, la heterología del saber, la mezcla de decires y contenidos, sigue siendo la clave de la curiosidad de aquellos que “hojean” y “ojean” libros, de los que revisan bibliotecas, de los que se deleitan en la flotante atención del correr de páginas. Difícil que esto, por ahora, sea imitado por la secuencialidad de la pantalla o de la cinta magnética.

Los textos didácticos como producto y proceso.

Dentro de la heterología del saber, de la lectura de resonancias acotadas que parece contradecirla pero es en verdad su contrapunto, del carácter instrumental o medial, el libro de enseñanza corporiza el discurso didáctico de modo incompleto. Le falta la animación del interlocutor presente, la magia del entusiasmo, la connivencia fértil de la amistad, la admiración y la simpatía. Bienaventurado aquel que en un libro sabe poner más que puro texto. Aquel que junto a lo discursivo de su disciplina puede, y no como por añadidura sino por fino y depurado arte, colocar lo no-discursivo, el sentimiento, el amor por el saber.

Escribo estas notas inspirado por el trabajo que ha significado instaurar y proseguir la colección de Textos Universitarios. *Estos libros no son solamente productos sólidos* para vender, comprar y tocar. Son, y han sido, *procesos sociales*. Cada uno de ellos exigió poner en marcha unas voluntades, articular intereses, movilizar expectativas, estimular personas. Para nuestra Universidad, esto es tan importante como llegar a término con uno, dos, con diez títulos. Refleja la vida misma de lo académico el que las voluntades de personas que deseen enseñar se aúnen con las de personas que desean difundir y con las de aún otras personas que desean aprender.

Los Textos Universitarios, en su triple apariencia de *textos de estudio, manuales y monografías*, son tanto proceso cuanto producto. Son formas de discurso, didáctico, variedad del disciplinario, que definitivamente deben quedar instaladas en la Universidad para hacer de ésta lo que esperamos sea, ahora y luego: una comunidad en que el saber se impone al tener y al poder, una comunidad de discursos que se crean y recrean en la convivencia, con la finalidad de servir.